

Modorra (*Orlando Masgratta*)

Me encontraba sentado en el banco de la estación Río de Janeiro, del lado que va al centro; más tarde supe que ese andén se llamaba “norte”. Estaba tomando unos vasos de ginebra con anís, con las patas al aire y las manos también, ¿para que las voy a estar ocultando? Cuando venía algún subte, intentaba incorporarme para subir en él. Al introducir en mis zapatos los pies sudados por el aire viciado del túnel, el saco en los brazos y la bufanda en el cuello, enseguida comenzaba a sonar una chicharra horrible desde el vagón, que cerraba sus puertas y salía disparado hacia la próxima estación. Así me encontraba otra vez esperando que en algún momento llegue otro tren, volviendo a repetir todos los pasos anteriores.

La gente cambiaba de color, de diarios, de pulseras, pero yo me hallaba ahí pululando durante horas, a veces días. Incluso Cachi, el del puesto de diarios que se hallaba en el andén –gran contador de chistes por cierto–, la primera vez que me vio me dijo: “Oiga, amigo, una cosa es el roce y otra cosa la frotada”. Exploté en una enérgica risa. Desde ese día me traía varios diarios o revistas con noticias viejas para que, leyendo, la tarde fuera más amena.

Una de esas mañanas, alguien sentando en el asiento contiguo pidió colgar el saco.

—Sí —le dije—, donde quieras, campeón.

Ese fue su último deseo. Observando el *Ámbito Financiero*, lo tomó del suelo justo cuando pasaba el tren de las diez y se despidió al grito de “Raquel”, dejando una nota que decía: “Los veranos son jodidos, las minas te dejan, los boludos se suicidan, las interrupciones se avecinan”. Junté aire en mi boca, lo expulsé, tragué saliva y miré si a lo lejos venía otro tren.

De repente recordé una fría tarde de julio, en la plaza del barrio, donde figuras finas invadían mis días. Los payasos me regalaban risas, las calesitas vacías de sortijas llenaban de dudas las vueltas que daba y detrás de la reja veía cómo mi madre dejaba huérfano a un niño indefenso. Continuaba dando vueltas solo en el tanquecito de guerra americano, hasta que el sol cedía sus últimos rayos de luz y la noche se abría paso en un sinfín de estrellas muertas.

Qué tristeza es la existencia del ser humano, todo el tiempo nos la pasamos tratando de llegar a algún lugar; un amor, un ascenso, etcétera, perdiendo el horizonte de lo que realmente interesa en la vida. Cómo distinguimos entre aquel camino o este, entre aquel amor o el de por acá, “nunca lo sabremos, corazón”, me dijo una hermosa mujer de pelo castaño y ojos brillosos que subía al subte.

En uno de esos días se acabó la grapa, vi cómo caía la última gota lentamente en mi boca; en ese instante se me nubló la vista, la lengua se me acalabró y en la barbilla me dio comezón. Mi cuerpo, de un salto, se incorporó como nunca antes lo había hecho. Al abrir los ojos, noté por primera vez en el andén de enfrente a un coloradito que me hacía señas con las manos para que cruzara las vías. Tenía un aspecto bastante peculiar, de textura baja, cara ancha, ojos elípticos; se movía con entusiasmo sobre la plataforma de metal, como una ola dentro del mar.

Él notó mi sorpresa, y de repente comenzó a llamarme por mi nombre:

—Eurípides, Eurípides —repetiéndose como eco ensordecedor a través del túnel—, cruzá por la senda con cuidado, que de vez en cuando pasan trenes; vente para el pasillo sur,

donde vas a conocer todas las verdades de este mundo y también las verdades de todas las milanesas.

“Uf”, me dije para mis adentros, “este petiso está completamente chiflado”. En ese momento miré a mi alrededor, el corredor norte estaba totalmente poblado de personas grises, sin amor en sus corazones, sin ningún tipo de color en sus almas.

Comencé a reírme con grandes carcajadas, las cuales salían desde lo más profundo de mi estómago formando figuras arabescas sobre las paredes de la estación, causando alboroto entre los pasajeros incoloros del lado norte.

Ellos me señalaban con el dedo inquisidor de tiempos lejanos, los más osados comenzaron a prender fuego varios bancos, otros agarraban los diarios que Cachi me había prestado para leer el horóscopo de días pasados, algunos huían hacia la salida exigiendo previamente su certificado de demora y otros venían por mí.

Veía en sus caras rasgos duros de vidas pasadas, donde todo les había sido cuesta arriba, nadie les había regalado nada; todos los días de su vida eran atormentados por ese lado norte que les despertaba sus infiernos más oscuros y profundos. Por un instante tuve miedo; sin poder moverme y con todos mis temores a flor de piel, otra vez escuché esa voz gritando mi nombre, pero con un tono más cálido, como si se tratase de un familiar o un amigo:

—Eurípides, Eurípides, se están acercando, dale, sálvate, SALTA.

Volteé la mirada y lo vi, sin estar seguro de lo que estaba haciendo, pero, con el aliento de la manada llena de ira sobre mi piel, logré superar mis desconfianzas, vi el sendero y bajé por él.

A lo lejos, en la penumbra del túnel, se veían dos luces amarillas que me parecieron conocidas; no les di mucha importancia y seguí con mucho cuidado caminando por aquel sendero de tablones podridos por el paso del tiempo.

La sangre seca hundida en las venas de esa madera delataba marcas, historias de otros aventureros que habían tenido una mala mano, donde la muerte había sido despiadada, llevándoselos a vivir en el limbo eternamente.

“¡Puedo! ¡Puedo!”, me repetía tenazmente. Los pasajeros quedaban atrás, sin animarse a correr tantos riesgos –les faltaba color en sus almas–. Estaba por la mitad de la pasarela cuando, de golpe, en ese momento vi nuevamente las luces; esta vez las tenía casi frente a mis narices. Me había salvado de ser devorado por una manada de pasajeros envueltos en una furia desmedida e, increíblemente, ahora un simple tren iba a terminar con mi vida. Eso no lo podía concebir. Escuché gritos, llegando a entender en uno de ellos: “¡Activar freno de emergencia!”. El tren clavó las ruedas en las vías a mitad del andén, quedando media formación dentro del túnel oscuro.

El *motorman* miraba incrédulo desde su cabina, con la cara llena de furia, pues se acercaba a toda velocidad para pasarme por encima salpicando de sangre todas las paredes de la estación; sus manos en el tablero accionaban la palanca de marchas al máximo, pero las ruedas giraban sobre sí mismas, haciendo que saliesen chispas desde las entrañas de cada vagón. Hasta el mismo tren parecía endemoniado, con todas sus luces rojas encendidas y las sirenas sonando a todo volumen. En esa situación lo único que pensé fue en empezar a correr. Esto trajo consigo otro problema: los tablones detrás de mí se despedazaban ante cada pisada que daba, uno por uno iban cayendo al abismo, mi piel se desgarraba, la mirada se perdía entre sombras. Más rápido corría, más rápido caían los listones debajo de mis patas sueltas. Cuando noté que no tenía nada que pisar más que el aire que envolvía mi

pesado cuerpo, comencé a caer en picada en mis insondables y relegadas tinieblas. Pasados turbulentos venían a mi mente como humo de sahumerio de balcones lindantes, llenando mis vísceras de espíritus vestidos de gamulán. Se avecinaba lo peor, el desplome era inminente, el fluido orgánico saliendo de mis sesos, los ojos entreabiertos, aplastados contra el piso y mis pies descalzados –eso era lo mejor: suponían una muerte segura–. Los demontres festejaban otra alma en las calderas de Pedro Botero.

Inesperadamente surgieron desde los fondos de ese precipicio burbujas; sí, simples e inocentes pompas de jabón se reproducían por miles, por millones, de todos los colores que la imaginación podía reproducir, se amontonaban por doquier formando labios que me besaban apasionadamente y lanzaban mi materia hacia la luz, manos que acariciaban mi piel de manera sensual provocando un sinfín de sensaciones en todo mi ser. No podía creer esto que me estuviera sucediendo. En eso, desde la fisura de donde venía subiendo, vi una cara con los pómulos violetas a punto de reventar, soplando por un burbujero de princesas rosas.

Comencé a escuchar este verso: *“Tu es l’amour de ma vie. Depuis que tu es venu a moi tout est si beau. Je veux voir avec toi jusqu’au demier soir de ma vie, et mourir en t’aimant jusqu’a mon demier souffle”*,¹ mientras estaba por llegar a la cima, en un habla que me era familiar. Al principio no lo distinguí, por los momentos para nada placenteros que me habían acontecido, pero al acercarme más a esa voz lo pude comprobar: era el francés de mi abuelo, que tantas tardes pasé en el patio de invierno de su casa escuchando. Tantas historias contadas dieron sus frutos, no sé para qué, pero bue. Al fin llegué a la superficie y me encontré con mi salvador.

—Hola, Eurípides, te estábamos esperando —me dijo en un tono suave y amable.

Era canoso, de ojos oscuros, barba candado, de la misma altura que el colorado; luego supe que era el guarda del subte. Miré a mi alrededor: después de tantos trastornos, había llegado al lado de Río de Janeiro Sur. Me sentía en el cielo de las estaciones. Después de muchos contratiempos, estaba ahí, en el lugar donde tantos habían deseado estar. Mi esperanza duró lo que la cáscara de huevo en manos de mi hermana; se me desmoronó la mandíbula y caí torpemente sobre la plataforma de metal.

Por un momento creí desaparecer de ese lugar, entre medio de las rendijas. La caída me desmayó. Al despertar me encontré inmóvil, atado de pies y manos y amordazado, con un terrible dolor en la cabeza –me parece que eso querían desde un principio–. Pude distinguir entre las personas que se encontraban en el lugar al colorado, que me llamaba por mi nombre, al guarda amable que había salvado mi vida y a una señorita. Un olor a humedad asqueroso penetraba en todo el ambiente. El lugar medía tres metros por tres, tenía lavarropas, heladera, lavamanos y varios enchufes. En las paredes crecía un musgo verde que llegaba hasta el techo, haciendo de la habitación un perfecto jardín vertical.

Una voz de mujer me dijo en un tono autoritario:

—Al fin despertaste, hace tiempo que te estábamos esperando, lástima que tuvo que ser de esta manera. —Tenía ojos claros, pelo largo castaño y estatura media—. Tuvimos que

¹ Eres el amor de mi vida. Desde que llegaste a mí, todo es tan hermoso. Quiero observar contigo hasta el último atardecer de mi vida y morir amándote hasta el último segundo de vida.

atarte, no sabíamos cómo ibas a reaccionar al recobrar el sentido. Quédate tranquilo, estás en buenas manos. Si después de lo que te contemos quieres irte, te soltaremos, subirás por esa escalera y nunca recordarás nada de lo sucedido; pero, de lo contrario, si quieres quedarte con nosotros, serás bienvenido. Te elegimos a ti, estuvimos estudiando tus movimientos y llegamos a la conclusión de que nadie preguntaría por ti, pues no tienes familia ni tampoco amigos; puedes desaparecer de un momento a otro sin dejar rastro alguno en la humanidad.

A la pelota, qué trabajo de inteligencia; estos debían de ser de la CIA o de la SIDE. Hice un gesto con el balero de que había entendido; en realidad no sabía de qué hablaba, pero, bueno, la piba estaba buena y quería hacerme el avisado.

La chica desapareció, pasaron unos minutos y volvió trayendo consigo un pizarrón color verde con rueditas; agarró una tiza de color negro y comenzó a escribir, oración tras oración, llenando todo el espacio sin dejar nada vacío. Los otros dos miraban desde un rincón asintiendo con la cabeza ante todo lo que escribía la piba. En algún momento alguno de ellos corregía algo, ella borraba y volvía a escribir, como si fuera un muñeco de estos dos perejiles. A todo esto, yo seguía amarrado, con la boca seca, casi sin poder respirar; necesitaba un poco de alcohol para sobrellevar esta situación. Miré al colorado y le hice señas para que se acerque. En esos diez pasos que nos separaban pensé en escaparme, pero ¿cómo?, ¿qué hacer? En pocos segundos mi cabeza trabajó a diez mil revoluciones –mentira, tal vez fuesen dos o tres, nomás–, y elegí la menos peor. Justo en ese momento llegaba el colorado y le di un brutal cabezazo en la zona genital y cayó al piso gritando de dolor. Lloraba el maricón pidiendo por la madre y moviendo las piernas. Logré desatarme el nudo parándome.

En eso vi que el otro se aproximaba y con el envión de las manos atadas le di de lleno en el maxilar superior; otro más que se revuelca en el suelo de dolor. Quedaba la chiquilla, nomás. Me arrimé hasta ella –que seguía escribiendo como si nada–, llegué a su lado y la abracé por la espalda para decirle que se venga conmigo, que esos dos estaban locos, que podíamos tener una nueva vida en la superficie, que la iba a amar con locura. Pero en cuanto posé mi mano en su espalda, sentí un escalofrío que me electrificó la piel: era un robot. Mi congoja en ese momento fue angustiante, la última oportunidad que tenía de enamorar a una mujer; y era de metal. Agarré una barra de acero que se encontraba tirada en el suelo y le pegué en el pecho a la turra, con todas mis fuerzas, una y otra vez, hasta dejarla hecha chatarra; le quité como pude las llaves del bolsillo y rajé de ese caos sin esperanzas.

Se me piantó un lagrimón al subir las escaleras de la estación Río de Janeiro sur –le había tomado cariño–. Al salir me topé con una puerta que abrí con sumo cuidado. El espectáculo ante mis sentidos era dantesco: sentadas en la vereda debajo de un toldito del bar, las bestias devoraban los más exquisitos manjares. Encadenado a la puerta, un gran bufón hacía malabares, anhelando aquella libertad que poseía tiempo atrás. Adentro, en un amplio salón, un músico melancólico rasgaba unas cuerdas de lo que parecían ser los restos de una magnífica guitarra criolla, mientras los mozos apurados trataban de complacer a sus únicos clientes, para no convertirse ellos también en bocado de aquellas fieras. Hasta el chef se esmeraba al máximo preparando sus principales delicias. Oculto en un rincón, intentaba desaparecer entre las sombras, en cuclillas elevaba plegarias al Cielo –aunque en Dios no creía, me hubiera interesado que esa tarde se apareciera por ahí–. Ellas continuaban abstraídas como si nada detuviese su afán de atragantarse con todo lo que se aproximaba a la mesa; un olor rancio, a subte repleto en hora pico, salía de sus bocas, un vapor humeante

se podía ver en sus cuerpos. Cansado de estar escondido y luego de todo por lo que había acaecido, junté fuerzas de donde pude y salí de donde me encontraba para enfrentarme con aquellas bestias. Cerré los ojos, agaché la cabeza y comencé a correr.

Al llegar a la calle mi sorpresa fue mayúscula cuando un tachero me gritó:

—¡Pelotudo! ¡¿Dónde aprendiste a cruzar la calle?! ¡No ves el semáforo!

Retrocedí, me di vuelta y no vi a ninguna bestia, bufón ni músico; en cambio, algunas personas comían y otras servían.